

movían sus telares ni los campesinos sus azadones; en cada esquina de las grandes capitales congregábanse clubs al aire libre, todos embriagados con sus propias palabras; en las aldeas mismas se debatían los asuntos públicos cual en los parlamentos; cada papel dado á la publicidad era una proclama revolucionaria; cada ciudadano era un conspirador permanente; las cárceles se llenaban, sin que pudiera vaciarlas el cuchillo de la guillotina; los saqueos de las tiendas y el robo de los guardamuebles donde se hacinaron los joyeles de la Corona difundían el desagrado por todas partes; la calumnia no cesaba de cebarse cruel en los espíritus, como en los cuerpos el verdugo: aquí llamaban á Robespierre cabeza de asesinos; allí á Roland le llamaban capitán de ladrones; las alcobas de los primeros personajes quedaban exentas del recato y del respeto que ha menester la vida privada, y parecía que el ángel del Apocalipsis levantaba los sellos del libro donde se halla decretado el Juicio Final para que cayesen sobre Francia y la democracia francesa inenarrables plagas. Desde la triste absolución del asesino Marat á la horrible mañana del treinta y uno de Mayo se dilató el reino que acababa de granjear la perversidad del homicida. Ministro nato de la multitud, señalaba como presas de sus furores á todos cuantos le molestaban ó le contradecían. La dictadura, por él formulado tantas veces para el más digno, habíala recogido del arroyo, y la usaba sin parar mientes en el desacato que cometía contra la representación nacional, y sin enterarse de los títulos con que la exigía. Eliminando vivos de Francia quedaba tan satisfecho como si hubiera resuelto un problema científico y hubiera prestado á la humanidad un gran servicio. Su conciso lenguaje transcendía por todas partes á rescripto imperial. Con fruncir las cejas, como Tiberio, aquel hombre mataba, cual diz que mata la sombra del manzanillo. No había dificultad política en que la víbora no se deslizase y no clavara en alguna víctima su ponzoñoso áspid. ¡Cuál cosecha de vidas ilustres á su sed hidrópica de sangre ofrecía la desdichada Gironda! Tras un mandato de Marat, aquellos labios tan resonantes enmudecerían; apagaríanse aquellas ideas tan luminosas; el grupo de hombres que llevaba sobre sus espaldas el peso de la Convención y que había sido osado á delatar la persona intangible del demagogo desaparecería en la fosa común, donde se amontonaban las reliquias y despojos de los más feroces criminales. No puso tanto empeño Marat en acabar con el Rey como en acabar con la Gironda. Y hay que decir la verdad: el sentimiento público estaba por tal manera extraviado, que se opusieron á la muerte del Rey absoluto en la República dificultades mayores que las opuestas á la muerte de grupo tan republicano como la Gironda. Todo estaba, pues, preparado para la rota de los girondinos. Describiremosla en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

Rota y ruina de los girondinos.—Su desaparición del Parlamento y del gobierno.



IMPOSIBLE comprender esta gran crisis política, sin resumir los antecedentes que la determinaron y que la produjeron. Dueños de la Convención y del gobierno los girondinos, mostraron en tan altos puestos una invencible inercia, causa primera y generadora de todos sus desastres. Grandes oradores, no sabían más que hablar. El estadio de la constante acción política estaba vedado por el vicio de todos ellos, por el vicio de la pereza. Sus corazones latían á unísono por la libertad, sus inteligencias iluminaban la República, su Verbo tenía mucho de inspirado y divino, pero mataban el tiempo discurrendo y orando á la hora crítica en que se necesitaba combatir y gobernar. De aquí una parálisis en la Convención y una indiferencia en el gobierno, criticadas y zaheridas por todo el mundo. En los tiempos normales, cuando las cosas públicas obedecen á leyes ordinarias, en la calma política y en la tranquilidad social, no pueden dejarse los hechos á su desarrollo propio, debiendo dirigirlas y ordenarlas el Estado, para que obedezcan á una conciencia superior y cumplan sus providenciales destinos. Pues si en los tiempos normales pasa esto, si la sociedad necesita del Estado y el Estado necesita del empleo de todos sus poderes, poder judicial, poder ejecutivo, poder administrativo, poder legislativo, poder militar, ¿cuánto más no lo necesitaría una sociedad sobrecogida por intensas fiebres revolucionarias y un gobierno asediado dentro por las facciones demagógicas y revolucionarias, fuera por la coalición europea. Si al cabo la inercia hubiera dado cualquier buen fruto, vaya en gracia, pero los

desastres menudeaban en términos de sucederse los unos á los otros en tropel. Lyon se había levantado á nombre de los principios reaccionarios; el campesino de la Vendée cazaba republicanos, como pudiera cazar jabalíes; Marsella, sin producir un movimiento grande y definitivo, producía esos movimientos parciales que á manera de una fiebre diaria la debilitaban y la consumían; Calvados se declaraba en plena insurrección; el reparto de Francia se disponía en los estados mayores del ejército irruptor; la cuestión social se agravaba con el hambre y con la miseria universales; corrían innumerables voluntarios á la frontera con su pecho enardecido en amor á la República y al labio vibrando al cantar republicano, pero también se levantaban como de las piedras, voluntarios improvisados de la reacción, anónimos liberticidas, cuyas almas parecían microbios en una peste social; perdíase Bélgica; marraba la expedición á Holanda; el general de las tropas francesas dirigía insultos á la soberana Convención; y en medio de tales agitaciones producidas por calamidades innumerables é indecibles, la Gironda permanecía indiferente ó inerte, sin tomar las disposiciones reclamadas por lo inmenso del año presente y por lo cierto del peligro futuro. De aquí el diez de Marzo, un movimiento general en la opinión pública parisién, dirigido todo él contra la maltrecha Gironda. Nadie hablaba en aquella ocasión de perseguirla y menos de matarla, pero todos deseaban deponerla en un gobierno para el cual no mostraba ninguna capacidad notable. La bola de nieve que crece mientras rueda y baja, se vió aquí manifiesta. Lo que fué al principio un movimiento contra la política de los girondinos fué á la postre un movimiento contra sus personas. El barrio de San Antoni, comenzó la grande agitación del diez de Marzo, no hubo en ella más numen que un profundo y santo patriotismo. Los voluntarios reunidos en el mercado general y en las alhóndigas, hablaban mucho contra la girondina inercia, pero no pedían otra cosa, sino que se remediara y se la sustituyese con una intensa y constante actividad, capaz de conjurar todas las catástrofes. Donde había dos agrupaciones igualmente contrarias á los girondinos y que amenazaban feroces no solamente su poder, sino también su existencia, era en el palacio de la Comunidad y en el arzobispado. Allí Chaumette y Hebert, cobraban el barato; aquí varios patriotas anónimos, aspirantes á la notoriedad que granjean los puestos públicos, presentaban proyectos, los cuales se dirigían, no solamente á quitar el poder á los girondinos, á quitarles también la vida.

Los girondinos bien torpemente se defendían. Lejos de aprovechar el número de adherentes con que contaban en la Convención y de imponerlo á la minoría, tomaban las disposiciones propuestas por este grupo escaso, y luego se entretenían en frustrarlas y perderlas. Así no se conjuran las tormentas. Y el diez de Marzo, aunque los manifestantes contrarios á la Gironda no entraron en la Convención á pedir sus cabezas, entraron en sus periódicos y rompieron sus máquinas. El diputado girondino Gorsas tuvo que defenderse con una pistola en la mano, y tuvo que huirse de su propia casa para preservar su vida

del puñal de los sicarios. Presentando á la Convención quejándose de lo que le había sucedido, la Convención tomó una de esas disposiciones á medias, demostrativas de una peregrinidad que acaba siempre por un irremediable desacierto. Lejos de reprimir á los periurbadores y facciosos, dispuso una estulta incompatibilidad entre la diputación y el periodismo, prohibiendo á los diputados que fueran periodistas y á los periodistas que fueran diputados. Aquellos abismos sociales hallábanse tan repletos de pólvora, que la menor chispa los convertía en vorágines de muy encendidos volcanes. Con tal disposición colectiva y social imagináos lo que sucedería en el momento de patentizarse la torpe traición del malvado Dumouriez. Ya nadie se contuvo en los debidos límites. La oposición á la mayoría girondina se salió de madre y lo inundó todo. Con los girondinos pagaron la pena los Orleanses. Temidos siempre, pero respetados por sus relaciones con la Montaña, el acto increíble de Dumouriez los hacía ya presa de la voracidad revolucionaria. Este acto dementísimo confirmó la universal sospecha, la fundada sospecha, la incontrastable sospecha que atribuía todos los servicios prestados por el orleanismo á la revolución, al deseo de sustituir la rama primera en el trono, como los Orangeres y los Hannoveres habían sustituido á los Estuardos en la parlamentaria y libre Inglaterra. Tratar con el extranjero; desconocer la ordenanza y la disciplina militares; abrir las fronteras de Francia sin escrúpulo ni empacho á la irrupción; prometer plazas fuertes francesas á Coburgo; consentir los adelantos de éste sin resistencia y sin protesta; huir de la campaña holandesa; abandonar Bélgica; no acudir al socorro del ejército patrio en las orillas del Rhin; maquinarse el degüello de la Convención, todo á nombre del restablecimiento de los Orleanses en el trono, debía sobre los Orleanses atraer un formidable rayo. Y lo trajo. Ninguna defensa podía prometerse de la revolución. Odiosísimo á la Gironda, embarozoso á la Montaña, todo el mundo le soltaba sin piedad al embate de la suerte adversa y al cumplimiento del fatal destino. Mil veces intentó la Gironda expulsarlo de Francia, mas no pudo conseguirlo por grandes resistencias de la Montaña, en cuyos desfiladeros estuvo por cobardía más que por convicción el duque de Orleans. Propuesto su hijo en la conjura como candidato al trono con que la traición soñara, no podía estar el padre un minuto libre ya en su patria. Girondinos y montañeses cayeron sobre su persona: los unos, al impulso de viejas odiosidades; los otros, al temor de que le tocasen sus desgracias y los envolvieran en su responsabilidad. Su primogénito, duque de Chastres, aquel que reinó luego bajo el nombre de Luis Felipe, huyó á una guarida en Helvecia; su primogénita se recluyó en un monasterio de monjas también suizo, pudiendo preservarse así la una y el otro á la pena merecida por sus cenjuras facciosas y por sus maniobras liberticidas. Pero al padre no le cupo igual ventura, y desde los calabozos de la Convención pasó á los calabozos de la cárcel. En los primeros momentos aún le guardaron algunas consideraciones. Barbaronx y Fontfrede se levantaron en el Congreso á proponer que Sillery, suegro del general Vallenge, general